

Gramática y poesía

Grammar and Poetry

Resumen

Desde su condición de poeta y profesor de español lengua extranjera, el autor reflexiona sobre la poesía y su relación con la gramática. Tal reflexión se efectúa sobre la base de su propia biografía. En contra de algunos tópicos arraigados, en el texto se defiende una concepción personal de la gramática, como *a posteriori* del acto lingüístico.

Palabras Clave

Gramática, lengua, poesía, reflexión metalingüística.

Abstract

On the basis of his autobiography and from the point of view of a poet and professor of a Spanish foreign language, the author reflects upon the poetry and its connection with grammar. In opposition to early entrenched cliches, the text defends a personal conception of a grammar, in virtue of *a posteriori* linguistic act.

Key words

Grammar, language, poetry, metalinguistic reflection.

HIJOS DE BABEL

*a todos los profesores de lenguas extranjeras
dispersos por el mundo.*

Hay una rara raza de pontífices,
de maestros que tienden puentes entre países
y abren ventanas, puertas, voces, vuelos
a paisajes lejanos enseñando pronombres,
verbos irregulares y adverbios de lugar.

Son magos que se sacan un mundo del sombrero
con sólo pronunciar una palabra,
humildes sacerdotes que enseñan a sus fieles
a bautizar de nuevo el mundo, a recorrerlo
en las alas de un verbo que hasta ayer no existía.

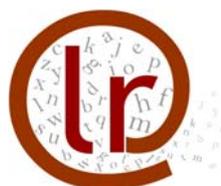
Son los embajadores mal pagados
de sus países, reyes en exilio
cuyo único poder es enseñar
al que no sabe a hablar en otra lengua.
Diáspora didáctica, héroes, jornaleros
del subjuntivo, un día se marcharon
de su lengua natal para enseñarla.

Misioneros sin más dios que un deseo:
el que gentes remotas consigan conocerse y conversar.
Y para conseguirlo pueden llegar incluso a pasar hambre.
Yo a veces los he visto devorar diccionarios.

Saben que todos somos extranjeros
y trabajan muy duro para que llegue un día
en que nadie lo sea.

Nacieron en la Torre de Babel
y saben que el amor
le debe su existencia a la gramática.

Juan Vicente Piqueras
(Yo que tú, ed. Difusión)



Cuando yo era pequeño (es decir, cuando el pronombre de primera persona del *sinlugar* todavía tenía un lugar y eran pequeños los dos, el lugar y él) la palabra gramática tenía tres acepciones.

La primera era agrícola y botánica. En un alarde de ironía muy próximo a la guasa los agricultores de mi aldea llamaban *gramática* a la grama, hierba intrincada y tenaz que crece en los majuelos con la maldita costumbre de enredar sus raíces a las de la cepa, lo cual hacía especialmente difícil, por no decir imposible, la labor de extirparla de las viñas.

Del mismo modo enreda la gramática sus raíces con las de nuestra vida, nuestra vid, nuestro cerebro y es difícil de *desintrincar* (verbo que, si no existe, debería existir como inolvidar, indecidir, inesperar, y tantos otros que ahora no es el caso), de comprenderla, de separarla de nuestra condición.

En fin, iba diciendo, cuando pasaba alguien con la azuela al hombro porque iba a *rozar hierba* (así se llamaba la labor de quitar las malas hierbas del majuelo para que no se bebieran la savia que necesitaban las uvas) se solía comentar: *Ése va a estudiar gramática*. O se le preguntaba saludando y él lo corroborara:

- ¿Ande vas?

- A estudiar gramática.

Asimismo, cuando un niño no iba muy bien en la escuela la guasa se podía convertir en sarcasmo: *Este, de mayor, va a estudiar gramática*, decían para dar a entender que su futuro estaba en la agricultura y no en la cultura, conceptos estos (cultura y agricultura) que entonces eran antónimos y enemigos.

Para mí, sin embargo, gramática y agricultura siempre fueron sinónimos. Cuando abandoné la agricultura de mi infancia seguí cultivando la poesía, que en parte heredé de ella y de allí. Y me he pasado la vida escribiendo poemas y enseñando gramática española a estudiantes extranjeros como yo.

La segunda acepción, adjetivada, no era estrictamente rural pero sí popular. Era la famosa *gramática parda*. De los más listos sin haber estudiado, de los que eran capaces de afrontar todo tipo de trances y salir airosos de ellos, de los que sabían ser, estar y parecer, de aquellos cuya única escuela era la calle y habían aprendido bien en ella la lección, de los que tenían mano izquierda y sabían tomarse las cosas con filosofía, se decía que tenían *gramática parda*.

La tercera acepción era la peor porque se trataba de la real: una materia ardua que era obligatorio estudiar en la escuela. Era una retahíla de conceptos que intentaban explicarnos cómo funcionaba la lengua que ya hablábamos, una serie de leyes que había que observar con escrupuloso celo para hablar y escribir correctamente. Se trataba, y eso era lo fascinante, de pararse a pensar cómo se construían las frases que decíamos cada día sin pensarlas.

Gramática viene del griego gramma que significa letra, nos dijo el maestro. Y sus dificultades venían de antiguo cifradas en aquel refrán que, en un alarde de delicadeza didáctica, rezaba: La letra con sangre entra.

Era aquella una *concepción fiscal de la gramática* que, por desgracia tal vez inevitable, ha llegado hasta nuestros días. Según los jueces de la lengua la gramática es un conjunto de leyes que hay que conocer y respetar y todo error será penalizado con un boli rojo y una nota baja. *Te voy a poner un cero rojo*, amenazaba un profesor del instituto, el más fervientemente entregado a las tareas policiales que, al parecer, conlleva la enseñanza. Especie próspera, todavía hoy podemos encontrar profesores que, a pesar de su apacible apariencia, disfrutaban lo indecible con su boli rojo (mitad cetro, mitad látigo) subrayando errores gramaticales o encerrándolos en un círculo vicioso del que no conseguirán salir mientras no sean capaces de advertir la belleza del error, su origen a veces sabio, su encanto y su ocasión única para aprender y para enseñar. A menudo el que se equivoca está reinventando la gramática, incluso corrigiéndola. Pero este también es otro tema que me permite, al vuelo, proponer un acercamiento compasivo y poético a los errores del alumno, y no olvidar jamás que el error es la ocasión mejor de aprendizaje que el destino nos brinda.

La gramática como materia imprescindible para expresarse bien en una lengua es un mito dudoso. Nadie camina o baila mejor porque conozca la anatomía humana y el nombre de los huesos que la componen. Nadie aprende a respirar mejor estudiando radiografías de pulmones. Nadie aprende a navegar mirando mapas. Desengañémonos.

Puede ser de gran ayuda conocerla pero no creo que nadie pueda aprender a hablar y a escribir estudiando gramática.

La gramática es otra cosa: estudio *a posteriori* del acto lingüístico, filosofía del lenguaje, reflexión sobre lo dicho y lo escrito, lo escuchado y lo leído, y hasta lo meditado. La gramática no es canto, es estudio del canto, no es música, es solfeo, exploración, recuerdo, devoción por la voz. La gramática es un tratado del alma. Estudia las maneras que el cerebro humano tiene de decirse a través de esos poemas que llamamos palabras. La poesía es, claro, anterior a la gramática. Aún no existía la palabra gramática y ya existían poemas, y voces que los cantaban de memoria. La gramática nació probablemente para intentar entender el misterio de las palabras, la poesía que encierran y crean y transmiten las palabras.

Llevo casi treinta años dedicándome a la gramática y la poesía. A la primera, pensé siempre, más por obligación. A la segunda por total devoción. Durante años me mentí creyendo que esta doble vocación (perdón por tanta palabra terminada en *-ción*) era, en vez de una riqueza, un suplicio que me obligaba a una especie de esquizofrenia profesional. Los trabajos del profesor le quitaban tiempo al poeta. El poeta se veía obligado a robarle tiempo al tiempo del profesor. Cuando estaba dando o preparando una clase sentía que le estaba quitando espacio a la poesía. Cuando estaba leyendo o escribiendo poesía lo hacía de manera furtiva, culpable, porque estaba eludiendo la obligación. Etcétera, etcétera.

Tarde he comprendido que no era así, que poesía y gramática se alimentaban mutuamente, se prestaban ayuda, se intrincaban como la grama y la vid. Que obligación y devoción son caras de la misma moneda, como

el día y la noche, la luz y la sombra. Ahora (más vale tarde que nunca) me doy cuenta con gratitud de cuánto debe a la poesía mi enseñanza de la gramática y en general de la lengua, y de cuánto le debe mi poesía a la reflexión (y a la emoción) gramatical.

La gramática es poesía. Es el semillero de poesía de un idioma, el origen y el hogar de todos los poemas que en una lengua han sido, son y pueden llegar a ser. Es, con el diccionario, el gran poema de una lengua: su *Odisea*, su *Divina Comedia*, su Shakespeare, su Quevedo, sus *Mil mejores poesías*. La historia entera de la poesía está contenida en la gramática.

Toda palabra -decía Leopoldo Lugones- *es una metáfora*. Yo diría más: toda palabra es un poema. Cada palabra es la poesía llevada a su extrema concisión. Hasta la más mínima palabra tiene poder poético. Pongamos un ejemplo aparentemente nimio: los monosílabos. Todos hemos sentido el poder oscuro de un *No*, o la alegría de un *Sí*. El *no* es noche cerrada. El *sí* es un canto de afirmación de la vida, de asentimiento, de celebración, resumido en una sola sílaba: *sí*, con su acento que parece un pájaro feliz en el instante de tomar el vuelo.

Pero tomemos un *si* más gris: el *si* condicional, el *si* sin acento. Parece el monosílabo más soso del mundo, el más desamparado, y sin embargo es la puerta a frases que inventan mundos, fantasías deseadas o temidas: *Si me tocara la lotería...*, *Si tú me dices ven...*, *Si me echan del trabajo...*, *Si la respuesta es sí...*, *Si tú quisieras...*

Toda palabra es un poema. En la palabra *perfume* está el humo de los primeros inciensos. En la palabra *considerar* está nuestra sideral relación con las estrellas. En la palabra *trueno* está el nombre del dios y del estruendo que sucede al relámpago. Y en la palabra *relámpago* el quiebro esdrújulo de su luz en el cielo y hasta la palabra *lámpara*.

Toda palabra es un poema. La palabra *hablar* viene de *favolare*. La palabra *palabra*, de *parabolare*. El mero hecho de hablar es ya un acto poético, una invención, una fábula. El mero hecho de hablar es un acto sagrado, aunque este sea otro tema y el hablante para sobrevivir se vea obligado a olvidarlo. Me atrevería a decir que no solo es cierto y hermoso el verso de Antonio Machado: *quien habla solo espera hablar a Dios un día*, sino que un solo acento (con permiso de la RAE que acaba, incomprensiblemente, de suprimirlo) puede transformarlo en otro verso no menos cierto ni menos hermoso: *quien habla sólo espera hablar a Dios un día*.

Hay poesía incluso en un acento, en una coma, en dos puntos. Los dos primeros libros de poemas de una lengua son su gramática y su diccionario. Y como tal deberían ser leídos.

Borges afirma que *las palabras fueron mágicas en un principio y son devueltas a la magia por la poesía*. Yo creo que las palabras son mágicas siempre y es la gracia del hablante o del que escribe quien las devuelve a la magia.

Los poemas que ahora voy a leerles saben que tienen su origen, su misterio y su herida, en la gramática. Algunos nacieron de una palabra o de una emoción gramatical. Otros llegaron a ella escribiéndose. Algunos son un juego de palabras. Otros de juego no tienen nada a no ser que toda nuestra vida sea un juego. Creo que tanto a quienes enseñan como a quienes aprenden gramática española en cualquier parte del mundo, tanto a quienes

se acercan desde otra lengua a la nuestra como a los profesores que intentan injertar la gramática española en un hablante extranjero, estos poemas tal vez puedan hacerles compañía. Y hacerles sentir unidos el amor de la gramática por la poesía y el amor de la poesía por la gramática. Eso espero.

(Tras la ponencia anterior el poeta y profesor leyó una selección de poemas de su libro *Yo que tú*, ed. Difusión)

Juan Vicente Piqueras

Jefe de Estudios

Instituto Cervantes de Lisboa

aclis@cervantes.es